

LA TORRE TESLA

Rubén Azorín

Juan Vicente Azorín

Copyright © 2017 Rubén Azorín

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9788469745359

ISBN-13: 9788469745359

DEDICATORIA

A Pepe y Manola

A Javi

CONTENIDO

	Agradecimientos	i
1	El tripulante	1
2	Comisaría	9
3	Luz	15
4	Minsk	20
5	Vodka	25
6	Ingeniero	31
7	Krevo Castle	34
8	Draniki	41
9	<i>Darkness</i>	46
10	Mr. Dubal	49
11	<i>Hands across the sea</i>	60
12	Rayo de la muerte	67
13	Oscuridad	73
14	Luka Philipov	77
15	Sinestesia	88
16	<i>A Chopin Fantasy</i>	95
17	FBI	101

RUBÉN Y JUANVICENTE AZORÍN

18	Compañera	104
19	Fantasma	108
20	<i>In Tesla's laboratory</i>	114
21	Apagón	122
22	Motel	126
23	<i>Apostrophe to Greece</i>	129
24	Bob	133
25	Centro de ciencias	139
26	Subterráneo	146
27	Encuentro	150
28	El sueño	154
29	Rey Negro	159
30	Piso franco	168
31	Renacimiento	171
32	Belgrado	179
33	Sánscrito	184
34	Torre Wardencllyffe	189
35	Alas de ángeles	197
36	Reencuentro	203
37	T-Candle	206

AGRADECIMIENTOS

A nuestras familias, por las horas robadas a destiempo.

1 EL TRIPULANTE

«Siga a ese coche».

Largo siempre mi frase romántica contra la pegadiza melodía de saludo cuando subo a un *City Cab*. Soy un clásico y la he usado en cientos de ocasiones en los casi ocho años que las calles de Clifton me ven defenderme como detective privado. No sé si esa copla fue pensada expresamente para el cine, pero desde que en las grandes ciudades no se pueden poseer, ni mucho menos usar, vehículos particulares, no le queda razón de ser. De hecho, en la persecución que acabo de iniciar casi muere antes de brotar de mis labios, obligados a invocar con siglas absurdas una APP que ajusta automáticamente mi ruta a la deriva del vehículo que he señalado como *target*.

¿Qué sería de Frank Bullitt si no pudiese romper

las reglas? Si en su persecución no se pudiese saltar una sola señal de tráfico ni exceder el límite de velocidad, si no pudiese derrapar... Ahora los flujos de circulación de vehículos autónomos están regulados. No hay, no queda, ninguna emoción humana en ninguna carrera. Prefiero no hablarle. Solo mi dispositivo móvil, magia sin alma, dicta el camino a una máquina carente de pasión.

Sí. Soy un amante del cine negro. Del antiguo y verdadero cine negro. Quizá por eso me hice detective privado cuando me expulsaron del cuerpo de policía y me uní a los ciudadanos de ninguna parte. El cine mantiene mi vana frase con vida al rescatarla de la realidad.

Se vendió bien la campaña de reciclaje de vehículos propios previa a su rápida prohibición, ¿verdad? Las tasaciones personalizadas que nos ofreció el Gobierno para retirarlos junto a la campaña de concienciación y multas, consiguieron que una gran mayoría de la población las aceptásemos. El resto sencillamente los perdió. Ya no serían necesarios los garajes, los vados ni las plazas de aparcamiento. Los nuevos motores eléctricos no contaminarían. La conducción con piloto se limitaría, y solo en determinados casos, a policía, bomberos o ambulancias. Así se evitaría el cansancio frente al volante y los errores humanos. Esto reduciría drásticamente los accidentes. Cualquier ciudadano identificado podría disponer de una *Cab* en menos de cinco minutos, a cualquier hora, en cualquier lugar.

Todo eran ventajas.

Y lo fueron, no podemos negarlo. Pero ¿qué opináis de la nueva «Cuota de Tránsito en Taxi»? Con la *Trans Tax* nos la colaron. Debemos tener el carnet de tripulante para ser usuarios de taxis, aunque no los lleguemos a utilizar. Y no es fácil obtenerlo, casi más complicado que el antiguo examen del carnet de conducir y con la exigencia de un certificado de procedencia virtuosa y convicciones moderadas. Un simple plástico sin fotografía y sin códigos que muestra el nombre del propietario cuando confirma su huella. En el mío se rotula Philippe Hawk con tinta electrónica. Preferiría la traducción de mi apellido al español, como me llaman los que me conocen, Halcón.

Os diré también que al principio las carreras eran tan económicas como el transporte público, pero hoy los costes se asemejan a los de un taxi de antaño.

Otro hándicap, en cuanto a nuestra profesión se refiere, es no poder hacer las rondas de vigilancia desde el coche. Ha supuesto el punto final a la estrategia del cazador que acecha desde el fondo de su asiento los ciclos rituales de su presa. Ya no hay interminables cinturones de vehículos aparcados en las calles, ni dobles filas entorpeciendo el tráfico. Ya no hay hamburguesa en bolsa de papel. Para evitar un mal uso de los *City Cabs* autónomos, como por ejemplo dormir o resguardarte en ellos, si superas los quince minutos estacionado, el propio vehículo te alerta de que envía una señal a la policía. Si ignoras el

aviso, en pocos minutos eres desalojado. Así que, aunque se pudiese conducir, un vehículo con pasajero parado más de diez minutos levantaría sospechas.

Tampoco se puede llevar arma sin licencia o el coche la detectaría y también avisaría de inmediato a la policía. Con este sencillo sistema de seguridad detuvimos a cientos de incautos en mis años en el Departamento como agente. Pobres diablos que nunca sabían cómo los habíamos descubierto. No eran tan inocentes, claro está, los delincuentes profesionales, con los que aprendíamos ciertos trucos.

De forma que he tenido que alquilar un cuartucho de hotel en la ciudad a la que me ha llevado mi nuevo caso. La misma ciudad, por cierto, en la que había trabajado de policía y a la que había prometido no regresar. No creo que mi vuelta le sorprenda a nadie. Mi palabra nunca ha tenido mucho valor, ni siquiera para mí. Además, esta vez no se trata de una esposa celosa y no iba a dejar escapar un encargo por un precipitado calentón que tuve hace varios años.

Volviendo a mi nuevo caso, ando tras mi objetivo. Varón de mediana edad. Raza caucásica. Estatura, 1,80 metros, y pelo oscuro. No sé si sospecha que le sigo, pero aunque así sea, tampoco podrá hacer demasiado, está igual de atrapado que yo. La persecución es sencilla. El cambio de la circulación caótica de hace solo unos años por la ordenada y silenciosa actual ha sido sorprendente y tiene más pros que contras.

A mí me sigue gustando recalcar mis contras; es

una cruzada personal.

Nos estamos alejando del casco urbano y aquí no hay casi tráfico. Solo circulamos tres vehículos por la carretera y pronto seré descubierto. Hago una foto al identificador que persigo y una llamada.

—Hola, Margaret.

—¿Halcón?

—El mismo. Pasaba por la ciudad y he pensado que estaría bien que nos viéramos.

—¿Qué quieres, Halcón? Tengo trabajo.

—Solo un pequeño favor, por los viejos tiempos. Te acabo de enviar el identificador de un vehículo. ¿Podrías enviarme un *split* de seguimiento al móvil?

—Ni lo sueñes, Halcón.

—Me rompes el corazón, compañera. Pero ha sido un placer escucharte después de tanto tiempo.

—Lo mismo digo. Adiós, Halcón.

Maldición. Si no quiero perderlo he de continuar tras él. Amplió la distancia. El otro vehículo toma una carretera interminable que conecta Nueva York con Nueva Jersey. Dejamos los edificios y entramos en amplias extensiones de terreno cada vez más despoblado a ambos lados de la carretera. No me gusta, nos estamos alejando demasiado. Mis temores se ven confirmados por un aviso del altavoz interno.

—Este vehículo no tiene autorización para circular fuera del casco urbano. Por favor, elija otro destino.

Caso omiso a la advertencia y, como estaba escrito, pocos metros después el vehículo se detiene e insiste en que elija otro destino. Vuelvo a recurrir al teléfono

móvil.

—Margaret...

—Dime...

Tendré que desplegar todo mi encanto personal para persuadirla. Necesito su ayuda si no quiero tirar por la borda estos días de trabajo. Sin embargo, la situación cambia radicalmente cuando mi perseguido se detiene a unos cien metros delante de mí. Nadie se apea. No creo que sea de corto recorrido, como en el que yo viajo. Y, aun así, allí está. Parado. Obviamente me ha descubierto. No puede ser nada bueno.

—¿Sigues ahí, Halcón? —pregunta mi antigua compañera, de la que ya me había olvidado.

—Claro, muñeca. Solo quería pedirte perdón por haberte puesto en un compromiso. Sabes que no soy así.

Cuelgo antes de escuchar su respuesta sarcástica o irritada. Ahora me preocupa más la situación en la que me encuentro. ¿Alguien me ha tendido una trampa? Indico fin de trayecto para acallar la molesta voz del coche repitiéndose. Allí estamos los dos *City Cabs*. Solos. Sin nadie en kilómetros. Monto mi arma camuflada y espero a que mi presa mueva ficha.

—Por favor, abandone el vehículo.

Este nuevo aviso juega a mi favor. Esperaré hasta que venga la policía a comprobar el porqué de un taxi parado y con un pasajero armado. Prefiero ese incómodo encuentro que cometer un error frente a gente dispuesta a asesinar. Ahora no sé quién vigila a quién. Todavía es de día, pero creo adivinar

atravesando su luna trasera un destello dirigido hacia mí.

—Por favor, abran el vehícu...

El mensaje se repite cada treinta segundos. Pero ahora está enrarecido con interferencias. La voz suena entrecortada, las luces interiores de mi *Cab* han parpadeado y parece que no llegan a apagarse. Piensa, Halcón, piensa.

Por fortuna, acude la caballería. Desde luego han mejorado los tiempos de respuesta desde mi marcha del cuerpo. ¿Será alguno de los viejos conocidos?

—Por favor, salga del vehículo con las manos en alto.

Ahora escucho a la policía por el altavoz interior. Veo que el otro coche empieza a alejarse. Lo voy a perder, pero ha pasado el peligro... ¿O quizá no? No salgo. No me atrevo a tocar la puerta.

—Salga del vehículo con las manos en alto.

El coche de policía ha estacionado a pocos metros. Baja uno de los agentes y se me aproxima con la mano acariciando la culata del arma.

—¡No se acerque al coche!

No parece escuchar mi advertencia. Muevo las manos para que se aleje, pero en vez de hacerme caso, mis gestos le ponen en alerta y saca el arma. Se aproxima apuntándome mientras su compañero insiste a través del comunicador para que baje del vehículo.

Con las dos manos sujetando la *Smith & Wesson* y presto a disparar, golpea suavemente el cristal de la

ventanilla para indicarme que salga. Las luces interiores vuelven a oscilar. No le conozco. Es joven, debe ser una incorporación reciente. Levanto las manos y vuelvo a prevenirle:

—Por favor, no toque el coche.

Otra frase inútil. Cuando acerca la mano a la manilla exterior se escucha un chasquido seco y el abnegado policía se desploma como si fuese de cartón piedra. Jamás he visto algo así. Su compañero, todavía en el coche patrulla, me creerá responsable. Puedo darme por muerto.

Solo tengo segundos. Busco y abro la puerta con las manos metidas en los plásticos de la documentación del coche. Salgo aun a riesgo de correr la misma suerte que el agente caído. No me ocurre nada. Me dejo caer al suelo de rodillas con las manos en la nuca para que el otro agente me vea entregado antes de reaccionar y acabar conmigo. El cadáver yace a mi lado en una postura antinatural y grotesca, como si aún estuviese de pie. Me recuerda a las fotos de aquellos cuerpos petrificados por la erupción del Vesubio. El rictus desprende un fuerte olor a chamuscado. El ambiente a chamusquina.